

# Arturo Souto, prologuista

*Netzahualcóyotl Soria*

En 1957, la Dirección de Publicaciones de la Universidad estaba a cargo de Enrique González Casanova. Encargado de la reciente colección Nuestros Clásicos, se hallaba Augusto Monterroso, quien tuvo la muy acertada idea de invitar a Arturo Souto Alabarce a escribir un prólogo a los *Cuentos escogidos*, de Edgar Allan Poe.

Afortunada decisión del sabio cuentista que, como se ve, también lo era como editor. Porque, además de iniciar la vida de prologuista de Arturo Souto —objeto de estas cuartillas—, trajo a nuestro maestro a la Universidad Nacional. Todos los que hemos sido alumnos de Arturo estaremos siempre agradecidos con Augusto. Claro que no comenzó —Arturo Souto— a impartir clases en la UNAM inmediatamente, y claro que él ya trabajaba en la docencia, aquí y allá, como casi todo mundo. Las clases en la Universidad empezaron cuando Antonio Castro Leal dejó tempranamente un curso en la Escuela de Verano —siendo su director.

Éste no es el tema que me ocupa, pero quiero resaltar la feliz coincidencia de que la larga y fructífera relación entre Arturo Souto y la Universidad —relación de la que todos aquí somos deudores— se iniciará con un prólogo y bajo los auspicios de personas tan entrañables para la cultura mexicana como Enrique González Casanova, Augusto Monterroso y Antonio Castro Leal (y quizás también el fantasma de Poe, que a esas alturas se habría aburrido de ser un maldito y se dedicaría a hacer el bien).

Y la coincidencia es notable porque la relación entre prólogos y enseñanza de la literatura debería ser necesaria, es decir, debería ser lo normal en todos los casos. ¿Qué es el prólogo, el buen prólogo, sino una extensión del magisterio?

Con estas cuartillas deseo celebrar al prologuista Souto no porque no quiera celebrar al escritor o al maestro, sino porque al celebrar al prologuista celebro al escritor y al maestro. Y a la persona.

Antes de comentar los aspectos más sobresalientes de los prólogos de Arturo Souto, hay que mencionar su relación con la editorial Porrúa y la colección “Sepan cuántos...” Fue Felipe Teixidor, librero y bibliófilo conoedor, quien le solicitó el primero: los *Entremeses*, de Cervantes, número 98 de la colección, primera edición de 1968. El último hasta ahora es la *Vida* de Diego Torres de Villarroel, número 738, 2002.

(Y de paso permítaseme un elogio a la tan criticada casa Porrúa: que muchos títulos no vienen anotados, que no se indican los traductores, que el establecimiento de los textos no es exacto, que leer a dos columnas resulta muy cansado, sí, todo eso es cierto. Pero si se quiere leer a Torres Villarroel, o a Torcuato Tasso o a Bernardino de Saint-Pierre, es la única opción. Y además, en la mayoría de las comunidades de provincia, la editorial Porrúa es la única opción para leer a Homero o *La Celestina*).

76

Otra cuestión antes de continuar. Decía que al celebrar al prologuista celebro al escritor. Si entendemos por escribir al que escribe no hay duda. ¿Pero si lo entendemos como creador? ¿Es el prólogo un género literario? Si vemos el mundo de manera binaria (blanco o negro, sí o no) podemos desechar la cuestión por improcedente. El prólogo es un género didáctico expositivo no poético. Pero si vemos el mundo con los matices del gris, de los grises que hay entre el blanco y el negro, podemos hacer algunas consideraciones. El prólogo se planta en el polo de convergencias literarias y no literarias que es el ensayo. (Por cierto, también deberíamos hacer el elogio del Arturo Souto ensayista, autor de *El ensayo*). En ese punto extraño de la literatura, el lenguaje y la estructura son importantes, pero es más importante la idea, es decir, el ensayo es poesía de ideas. Sin duda, los prólogos de Souto, sin ser, se proyectan hacia el ensayo y participan de la literatura.

Volviendo a los prólogos, ¿cuáles son las características que los vuelven notables?

1) La erudición. Después de leer un prólogo de Arturo Souto me doy cuenta de que hice la carrera de Letras y no sabía nada, digamos de Núñez de Arce o de Feijoo. O lo que sabía era superficial, epidérmico. El dato exacto, la relación entre la vida y la obra, los antecedentes literarios, el contexto histórico, todo está ahí. Y pienso: yo estudié Letras pero no Historia, y vaya que me hizo falta. Véase un ejemplo: “Las novelas de la Pardo Bazán [...] están ingenua, honradamente hechas. Ingenuas porque en la España bastante ñoña de su época —la Restauración— perduraba la idea de que la función primordial de la novela es entretener a los lectores”.

Aquí tenemos un juicio literario (cuando leí *Los Pazos de Ulloa*, ingenuo de mí, no me percaté de su ingenuidad), un juicio histórico (la España de la Restauración es ñoña) y un dato sobre la función del arte en esa sociedad. Yo no sabía ninguna de las tres. Y además, ¿qué libro de historia literaria o de historia nos lo dice con esas sencillez y economía.

Aquí está la erudición, que para gozo del lector, se manifiesta sin pedantería alguna.

2) El clasicismo. Los prólogos de Arturo Souto son clásicos en el sentido de que están lejos de las modas tecnocráticas en que nos hallamos inmersos. La terminología es literaria, pero aquella que puede ser entendida por litera-

tos, ingenieros y amas de casa. Arturo Souto evita los léxico técnicos, los marcos de referencia especializados y por eso puede iluminar los textos para el lector común. Yo me confieso en muchos sentidos estructuralista y trato de que mis alumnos se centren en las estructuras de los textos y eviten hablar de las vidas de los escritores y de sus circunstancias históricas. Eso es lo que hacemos en la Universidad, eso aprendimos, y está bien. Necesitamos esa especialización para comprender la literariedad de la obra. Pero eso no sirve para un prólogo. Un prólogo debe situar las obras como parte de una cultura. Y en los prólogos de Arturo Souto encontramos tanto el comentario textual fino, como el contexto que lo hizo posible.

3) La claridad de exposición. La exposición lingüística de Arturo Souto nunca nos parecerá desaliñada. Tampoco es preciosista. Se trata de un lenguaje claro, en el que los periodos largos no provocan que nos perdamos, limpio, lleno de matices, en el que se busca al adjetivo exacto. La separación de párrafos (que también suelen ser largos) y de unidades superiores (incisos, párrafos) muestra una estructura textual didáctica. El pensamiento lúcido se amolda a las necesidades expositivas del maestro.

4) Amor a España. Aunque es evidente un gran conocimiento de autores norteamericanos y franceses (Poe, London; Twain, Saint-Pierre, Flaubert, Baudelaire) y un gran amor por esas literaturas, me parece que los prólogos a autores españoles son los más importantes de Arturo Souto. Es obvio que el amor a la literatura española tiene un origen biográfico y es común en los escritores del exilio.

Ese amor a la literatura española y España es, creo, un amor republicano. No se trata de la exaltación chovinista ni el regocijo en los clisés pintorescos. No. Es un amor razonado, crítico muy a la manera del 98.

Creo que en todos los prólogos a escritores españoles se puede rastrear un tema y formar incluso un sistema de pensamiento, un sistema de preguntas más que de respuestas. La pregunta principal es la misma de Ortega y Gasset: ¿qué es España? Me parece que esa indagación se manifiesta en cierta medida, en todos estos prólogos (Cervantes, Valle-Inclán, Gómez Manrique, Unamuno, Pardo Bazán, etcétera). La indagación de España y lo español subyace en ellos y es el objeto último de estudio de Arturo Souto.

5) Por último, deseo destacar una característica que sólo aparece en mis prólogos favoritos, los dos editados por la Universidad: el de Pedro Garfias y el de José Luis González. Como estos escritores extraordinarios fueron amigos de Arturo Souto, además de las características anteriores, podemos encontrar una calidez, un cariño que no le hacen perder la objetividad y que nos regalan una dimensión humanísima y entrañable de los autores. La amistad impregna estos textos de una delicada emoción.

Para terminar deseo dejar constancia de cómo me han servido estos prólogos en mi vida de alumno y, sobre todo, en mi vida de profesor de lengua y literatura. Y no sólo a mí, le han servido a mucha gente. A veces leo las sabias palabras de mi maestro, sin comillas ni notas al pie, en los trabajos de mis alumnos. Bien mirado, creo que eso es un gran elogio.